

ARISTOS EN EL CRECIMIENTO ECONÓMICO. REVALIDACIÓN Y NUEVO CUÑO

Por JAVIER MORILLAS
Universidad San Pablo-CEU

INTRODUCCIÓN.

La estructura económica de España a comienzos del siglo XIX no presentaba todavía grandes diferencias con el pequeño y selecto grupo de grandes potencias del momento, Inglaterra o Francia. Fábricas de cerámica, porcelanas, textiles, industria naval, armamentística y de ferretería empezaban a desarrollarse. No era el ritmo de la revolución industrial inglesa que había tomado claramente el liderazgo económico-político, pero estaba en la buena senda de modernización industrializadora manteniendo su rango de potencia mundial de primer orden.

Para fortuna del país en aquellos años habían llegado a coincidir en el tiempo, conocerse y congeniar, un puñado de hombres de singular valía, que raramente se habían visto juntos en otras épocas anteriores de la historia de España. Hombres como el conde de Aranda, Campomanes, Olavide, Jovellanos, el conde de Floridablanca o Cabarrús, se conocieron, formaron equipos, y se sucedieron en el tiempo impulsando proyectos modernizadores e *ilustrados* comunes, pero sin provocar los sucesos que en Francia desembocaron en la guillotización y la explosión social, sabiendo llevar a su país hasta 1805 por un camino de incremento del bienestar y de renta

por habitante que tardaría en recobrase. Todo un ciclo Kondratieff; esto es, un ciclo largo de crecimiento económico sostenido de cuatro décadas, que vinieron a romper las intrigas y guerras napoleónicas.

Con la expulsión de los franceses, en su retirada, y con la salida de las fuerzas aliadas, la política de tierra quemada de ambos competidores económicos dejó —para su propio interés— un rastro de instalaciones fabriles arrasadas, campos arruinados y ahorros menguados. Con la consiguiente escasez de capitales y la posterior inestabilidad institucional fernandina, el proceso industrializador de España no contaría, a diferencia del Reino Unido, con una implicación nutrida y directa de la aristocracia, como tampoco de otros ahorradores, instituciones o colectivos financieros nacionales (1). Y las extranjeras, cuando lo hicieron sería a un alto precio y tipo de interés, en consonancia con el elevado *riesgo país* de la España de aquella época.

En Inglaterra fueron las saneadas arcas de los propios *Landlords* quienes lideraron el proceso. Estos auténticos *aristos*, supuestamente los *mejor-*

(1) Vid., Gabriel Tortella, *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.

res, se transmutaron efectivamente pronto en industriales, participando en las nuevas actividades de progreso relacionadas con el negocio de los ferrocarriles o las manufacturas (2). En España, la nobleza con unos capitales escasos y mal rentabilizados siguió, por lo general, vinculada principalmente al negocio de la tierra, aunque también a la minería y la navegación (3). Estas actividades con ser básicas para la creación de las condiciones previas al despegue económico, no fueron suficientes para que éste se produjera con el vigor inglés. Los años y energías desperdiciadas en conflictos institucionales durante el siglo XIX, hicieron a la nobleza remisa a inversiones que requerían en cualquier caso de períodos largos de maduración e inmovilización de recursos, en un marco jurídico incierto, por lo que tardaron en involucrarse en esas otras nuevas actividades hidráulicas, energéticas, siderometalúrgicas o bancarias. A mediados del siglo XIX (4) sobre una base 100 para Inglaterra, nuestra renta per cápita era el 48,7 por 100 de la inglesa, situándose Francia en el 63,2 por 100 y Alemania en el 50,8, aunque muy por encima de Portugal, que se situaba en el 34,3.

No obstante a nuestros principales emprendedores e impulsores del crecimiento económico, en los diferentes sectores de actividad, aunque en ciertos períodos se les ha intentado reconocer su aportación, estimamos que no lo ha sido de manera suficiente.

Entre los que sí tuvieron este reconocimiento de nuevo cuño cabe mencionar, en el siglo XVIII, a José Ibáñez, pionero de nuestra industrialización, primero en construir un alto horno, ya en aquella centuria, en España, concretamente en Lugo, y más conocido por otra de sus grandes creaciones, la fábrica de cerámica de Sargadelos, nombre del Marquesado que recibiría.

(2) M. Porter *¿Dónde radica la ventaja competitiva de las naciones?*, Harvard-Deusto Business Review, 4º trimestre de 1990.

(3) Vid., L.G. Sandberg, *Ignorancia, pobreza y atraso económico en las primeras etapas de la industrialización*, citado por G. Tortella, o.c. *ibidem*. En Andalucía, por ejemplo, los duques de Medina Sidonia habían tenido históricamente un papel activo en la actividad mercantil y marítima; lo mismo que en Cataluña los duques de Cardona la habían tenido en la minería, por citar algunos ejemplos.

(4) Vid., J.L. García Delgado (Dir.), *Lecciones de economía española*, Civitas, Madrid, 1990, pp. 17-45.

Otros reconocimientos, ya en el siglo XIX, fueron a Gaspar de Remisa, marqués de Remisa, por Fernando VII. A Juan Nicolás Osborne, conde de Osborne. A Martín Larios Herreros, marqués de Larios, por Isabel II en 1865. Al alavés Estanislao Urquijo Landaluce, marqués de Urquijo, en 1871 por Amadeo I de Saboya. Al catalán Ramón Godó, conde de Godó por Alfonso XIII. Al ingeniero Rafael Benjumea Burín, conde de Guadalhorce. Al naviero y siderúrgico Ramón de la Sota Llano, marqués de Llano. A Torcuato Luca de Tena y Álvarez-Ossorio, marqués de Luca de Tena. Al ingeniero militar Juan Antonio Suances, creador del Instituto Nacional de Industria, marqués de Suances. A Pedro Barrié de la Maza, impulsor de Fuerzas Eléctricas del Noroeste, Sociedad Anónima, conde de Fenosa, Luis Coronel de Palma, gobernador del Banco de España, marqués de Tejada (5). Y aunque podríamos citar otros tantos como al marqués de Domecq o al de Casa Oriol, destacaríamos en fechas recientes a Alfonso Escámez, presidente que fue del Banco Central, marqués de Águilas en 1991, o al editor José Manuel Lara, marqués de Pedroso de Lara, en 1994.

Con tal sentido, y a los efectos que nos ocupa, vamos a hacer referencia en este trabajo a tres tipos de nobles en el terreno económico. Uno convencional agrario, el de los barones de Bércabo. Otro, el de la aristocracia surgida del reconocimiento a sus iniciativas *ex novo*, como el Marqués de Salamanca. Y un tercero, el de la aristocracia tradicional más innovadora, como el duque del Infantado.

FALTA DE CAPITALES E INESTABILIDAD INSTITUCIONAL. LOS BARONES DE BÉRCABO.

Para el estudio del actual desarrollo económico español el retrotraerse más allá de la segunda mitad del siglo XVIII no incorpora elementos de reflexión realmente significativos (6). Así pues, y situados en

(5) Título italiano autorizado para su uso en España el 17-7-1968; como el de conde de Osborne, concedido por el Papa en 1900 y autorizado en España el 2-3-1983.

(6) Vid., Juan Velarde Fuertes, *Política económica de la dictadura*, Guadiana, Madrid, 1970. Del mismo autor, *Sobre la decadencia económica de España*, Madrid, Editora Nacional, Madrid.

S. M. el Rey (q. D. g.) se ha servido otorgar a
N. la Cruz de Beneficencia de *tercera*
clase con el distintivo *rojo y blanco* que le
asigna el artículo *quinto* del R. D. de
29 de Julio de 1910 en que están comprendidos
los servicios que realizó *con riesgo de*
la vida, salvando al niño
muerto en un incendio
ocurrido en el pueblo
de Rute de la provincia
de Córdoba.

De R. O. lo digo a N. para su conoci-
miento y satisfacción.

Dios guarde a N. muchos años. Madrid
6 de Septiembre de 1919.

M. de la Cruz
y Rute

ADMINISTRACION

VACACIONES

obvies

**La milicia y la política o la Administración supu-
sieron alternativas más sólidas a la incierta acti-
vidad mercantil. Reconocimiento al valor por
Alfonso XIII a don Bonifacio Gómez de Cascajares.**

este período, nos encontramos a una familia de la nobleza media.

Concretamente, el 4 de noviembre de 1767 José Vicente Cascajares había obtenido la Baronía de Bárcabo a consulta de Cámara, como era preceptivo, tras el fallecimiento de sus mayores. La familia había sufrido todos los avatares y crisis económicas propias de los tiempos de los últimos Austrias y el cambio dinástico con que se inicia el siglo XVIII. Vinculados desde hacía siglos a la Orden de Calatrava y a Alcañiz, estaban establecidos en la cercana Calanda, una pequeña localidad rural del interior peninsular, situada en la margen izquierda del río Guadalopillo en terreno generalmente llano, en una típica economía de autosubsistencia, diversificada, aunque sin gran generación de excedentes. Durante la Guerra de Sucesión, esta localidad es atacada por el príncipe de Tilly, permaneciendo siempre fiel a Felipe V, a pesar del alto coste en vidas humanas por lo que sería nombrada *fidélisima*, y las consiguientes pérdidas económicas, como por otra parte ocurrió en tantos otros lugares de España durante aquel período.

Tras la dura recuperación, y hacia 1767, Calanda, tiene una parte de huerta y otra de producción de cereales, aceite, vino, hortalizas y frutas, dedicada también a la ganadería y la desecación de los melocotones de los que se hacían los sabrosos ore-

jones. A la gestión y comercialización en la comarca de todo esto se dedicaba el barón de Bárcabo desde su mayorazgo, en una localidad de poco más de 2.200 habitantes.

El siguiente barón de Bárcabo, su hijo Juan Melchor, caballero del hábito de San Juan, regidor perpetuo de la ciudad de Alcañiz, continuaría con tal actividad falleciendo el 26 de junio de 1795, siendo enterrado en la iglesia de Santa María la Mayor con acompañamiento de todo el cabildo, sin atisbar todavía la decadencia que vendría en el siglo posterior. Su hijo Justo José Cascajares y Herla, que ha nacido en 1751, y va a vivir la plena recuperación económica española del período ilustrado, aunque hace pequeñas inversiones impulsando los primeros talleres de tejidos y alfarería en la localidad, va a seguir vinculado básicamente a la actividad primaria. Favorece el mantenimiento de una economía relativamente autosuficiente, pero percibe el aislamiento de esa España interior, con dificultades de acceso y comercialización para sus productos y para las innovaciones del exterior.

Los barones de Bárcabo, con sus limitados excedentes impulsan la actividad agraria favoreciendo la comercialización de los productos locales hacia Zaragoza, Cataluña y el Mediterráneo. Sus modestos capitales contribuían a desarrollar una actividad productiva saneada, que es la que en el resto de Europa iba creando esas condiciones previas al despegue económico de las que hablara Rostow (7). Pero sus limitadas plusvalías nunca dieron para emprender mejoras o realizar inversiones en carreteras o infraestructuras, ni en el negocio de comercialización marítima, ni bancaria, ni de minería estratégica propia de la industrialización, aunque contribuyeran a esa onda larga de crecimiento económico que fue la del último tercio del siglo XVIII y los primeros años del nuevo siglo.

Manuel Godoy se había endiosado. Catorce años presidente de Gobierno en España, impulsor de las infraestructuras y la vacunación, creador de la Escuela de Ingenieros de Caminos, creador de variadas iniciativas socioculturales como la Escuela de Sordomudos, artífice del primer tratado de amistad con Estados Unidos en 1795. Nombrado Príncipe de la Paz, en vez de esforzarse por mantener la

(7) W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*, FCE, México, 1973.

neutralidad en la guerra que Napoleón iniciaba contra Inglaterra, se suma a las aventuras de éste, que primero nos conducen al desastre (1805) de Trafalgar —en una escuadra mandada por el ineficiente Villaneuve— y posteriormente a la conversión del ejército aliado francés, entrado supuestamente en España para la conquista de Portugal, en invasor.

La línea del Ebro cae de nuevo en la inestabilidad. El barón de Bércabo, Justo José Cascajares se distingue por su enfrentamiento con las tropas napoleónicas —junto a su joven hijo Agustín— que van a ocupar Calanda, resultando herido, viendo además gravemente dañada su hacienda. Como para el resto del país, la frontera abierta para el contrabando que quedaría en los Pirineos, y el desgaste —durante seis años— de lo que preferimos llamar guerra de resistencia (que nos parece más correcto que el convencional de independencia) dejaría mermados sus ahorros y su capacidad inversora.

El ejército napoleónico (8) en su retirada quema cosechas, requisa ganado, desmonta talleres y herrerías, vacía iglesias, casas solariegas, dinamita castillos...; en Madrid destruye la fábrica de porcelanas del Buen Retiro, como los supuestos aliados ingleses que antes de su embarque hacia Inglaterra destruyen la fábrica del marqués de Sargadelos. Con las haciendas mermadas y las conquistas de la ilustración perdidas, queda una economía convulsionada y exhausta.

Como la mayoría de sus conciudadanos, los barones de Bércabo viven jubilados el regreso de Fernando VII y se prestan a reiniciar su actividad productiva. Las intrigas de la Corte no llegan a la España profunda, y cuando empieza a percibirse una recuperación sostenida sin más contratiempos que los inciertos de la dura naturaleza peninsular interior, viene la primera guerra carlista que se enquista en la zona. En 1833 el barón de Hervés —vecino de los Bércabo— que se ha levantado en armas contra la reina Isabel II pugna por apoderarse de Calanda; finalmente las fuerzas del pretendiente don Carlos se apoderan de la población en 1838, quemándose la mayor parte de los archivos

empezando por el del Ayuntamiento (9) e instalándose en la casa de los Bércabo, hasta que la localidad es recobrada tras duros combates en octubre de 1839 por el conde de Belascoáin. Lo que queda es una hacienda maltrecha, y de la propia casa de los barones se han llevado hasta las rejas de los balcones (10) para hacer munición.

El nuevo barón de Bércabo, Agustín Cascajares Bardají (1813-1860), junto a sus trece hijos, todavía sufriría de nuevo la guerra carlista de 1847, y la inestabilidad endémica permanente en la zona, junto a la crisis de 1866 rematada con el nuevo levantamiento carlista de 1872 (11), año de la muerte de quien sería alcalde, senador y diputado del Reino —como otros de sus hermanos— Dr. Manuel Cascajares y Azara, último barón de Bércabo previo a la restauración. Lo que viene después, coincide no por casualidad con un auténtico final de ciclo, acabando con la dispersión de los propios hijos de Agustín y Catalina de Azara, repartidos en su acción entre Valderrobres (12), Calanda, Zaragoza, Cuenca, La Habana, Francia, Fuentecón o Calahorra. Desmoralizada y escuálida económicamente hablando, la nobleza tradicional española avanzado el siglo XIX no tenía los capitales ni la fortaleza necesaria para hacer frente a la ingente movilización de recursos que demandaba el proceso industrializador.

DESCONTANDO EL PORVENIR. EL MARQUÉS DE SALAMANCA.

Debido a ello y supliendo tal carencia se intentaron abrir camino a lo largo del siglo XIX, hombres

(9) *Vid.*, Allanegui, o.c. p. 25 ss.

(10) *Vid.*, documentación casa archivo de María Josefa Gómez Cascajares.

(11) A este respecto resulta ilustrativo ver las obras de Juan José Peña Ibáñez, *Las guerras carlistas*, San Sebastián, 1940. También, la obra de Román Oyarzun, *Historia del Carlismo*, Bilbao, 1940.

(12) Félix Cascajares Azara sería diputado a Cortes por esta localidad, y Manuel por Calanda, como su tío Francisco, coronel de Caballería. Felipe Cascajares Azara (1820-1883), general de División y senador del Reino, fue gentil hombre de cámara de Alfonso XIII. Otros hermanos como José —muerto joven— y Antonio serían respectivamente secretario de Ayuntamiento en Castillejo de Robledo y cardenal en Valladolid.

(8) El mariscal Souchet impuso a Calanda una contribución extraordinaria de sesenta mil reales vellón y rehenes por su colaboración en el hostigamiento a las tropas francesas. *Vid.*, Vicente Allanegui Lusarreta, *Apuntes históricos sobre la historia de Calanda*, Instituto de Estudios Turolenses, Calanda, 1998, p. 341

N.º 1.

NUZVO BARRIO DE RECOLETOS

TERRENOS Y CONSTRUCCIONES

D. JOSE DE SALAMANCA

Primera emisión de 25000 obligaciones hipotecarias a 1900' una.

Exposición a fin de la Compañía General de Crédito Hipotecario y de la de la Admisión de los terrenos situados en el barrio de Recoletos en las obligaciones hipotecarias con garantía de dicho barrio, para ser emitidas en virtud de la Ley y para el efecto de cada una y con la autorización contenida en el cuadro que las mismas contiene.

Esta Carpeta es compuesta por los folios que aparecen en las oficinas del Sr. D. José de Salamanca en arreglo a la Ley de 1856.

Madrid 24 de Mayo de 1865.

Acta en favor de la Compañía General de Crédito Hipotecario y de la Admisión de los terrenos situados en el barrio de Recoletos en las obligaciones hipotecarias con garantía de dicho barrio, para ser emitidas en virtud de la Ley y para el efecto de cada una y con la autorización contenida en el cuadro que las mismas contiene.

Carpeta de obligaciones del Barrio de Salamanca en el ser incrementada su construcción. (Archivo Salamanca).

como José Salamanca Mayol, nombrado marqués de Salamanca en 1863, y conde de los Llanos con Grandeza de España en 1864.

Cuando *Pape* Salamanca, como se le conocería en la Corte, vino al mundo en Málaga, en 1811, estamos en una fase bajista del ciclo económico. Hijo de un médico distinguido, José María Salamanca y de María Mayol, con muy buena posición económica, brillante clientela y bien relacionado con la colonia europea, especialmente la inglesa, numerosa en la ciudad andaluza. Estudia con los clérigos menores de Santo Tomás de Aquino y, en febrero de 1822, ingresa como cadete en el Regimiento Provincial de Milicias. En 1826 inicia sus estudios de Leyes en la Universidad de Granada, simultaneando la vida alegre de estudiante con el conocimiento de las protestas liberales y de la propia Mariana Pineda uniéndose a los liberales, durante aquella «década ominosa».

De esa época van a venir sus rasgos románticos (13), que tanto extrañaban en un hombre de negocios, pero que a él le van a permitir compatibilizar sus actividades financieras con sus aficiones políticas. Con apenas veinte años se presta a traer a rienda suelta de Málaga a Madrid un memorial de los hermanos del general Torrijos —condenado a muerte tras su fallida sublevación en Fuenigrola— pidiendo clemencia a Fernando VII (14).

De vuelta a casa tras esta peligrosa aventura que pudo costarle la vida, el ministro Cea Bermúdez, amigo de su padre, le facilita la Alcaldía Mayor de Monóvar, a pesar de su juventud. Al morir Fernando VII, y desencadenada la lucha entre liberales y carlistas, forma un batallón de urbanos en Monóvar, demostrando sus dotes de estrategia en la captura de diversas partidas locales. Tras el movimiento contra el conde de Toreno, es elegido representante de la junta revolucionaria de Sevilla y luego diputado a Cortes en las constituyentes de 1837.

Ya en Madrid empieza sus actividades comerciales y bolsísticas. La situación económica en España es penosa y él sólo contaba con la modesta asignación de su padre. De sus años juveniles ha obtenido una pronta experiencia vital. Y en Madrid con su charla amena y fácil, unida a su extraordinaria voluntad e inteligencia natural empezó a granjearse simpatías.

Hay quien ha dicho que el secreto de los éxitos de Salamanca estuvo en tener confianza en España (15). Quizás relativizó la situación en que vivía España y pensó que peor no se podría estar, por lo que sistemáticamente apostó por que mejoraría, descontando el porvenir. Infundía confianza en los negocios que emprendía.

Una enérgica reclamación del Gobierno de Londres porque España no pagaba hacía tiempo, motivó un viaje de Salamanca a la capital inglesa, demostrando sus extraordinarias condiciones de financiero y diplomático, consiguiendo una quita y espera «altamente favorable para los intereses nacionales». Cuando el ministro le ofreció una comi-

(13) José A. Torrente Fortuño, *Salamanca, bolsista romántico*, Taurus, Madrid, 1969.

(14) Serían fusilados el 11 de diciembre de 1831.

(15) Gonzalo Figueroa, *Salamanca. Conquistador de riqueza y gran Señor*, Espasa Calpe, Madrid, 1931.



SALAMANCA (MARQUÉS DE).

—
 Persona inteligente, activa, franco:
 como ministro y en Hacienda atroz;
 tal fué, cuando Dios quiso, Salamanca;
 pero perdió la voz.

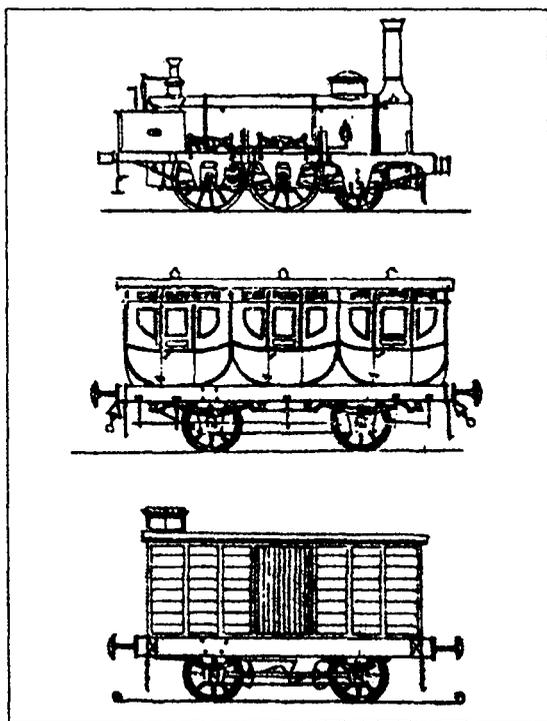
sión espléndida por el servicio prestado, la rechazó con dignidad, diciéndole que se consideraba bien pagado con haber podido servir a su país. Su asociación con el banquero brasileño Buschental para contratas de servicios públicos y operaciones de Bolsa le valieron las primeras grandes ganancias, aprendiendo la técnica bolsista y adquiriendo en sus salones gran cantidad de amistades con políticos, literatos y artistas de fama. Gran negocio fue el arriendo al Estado del Monopolio de la Sal, que le produjo en 5 años 300 millones de reales.

Al monopolio de la sal siguió la colocación de un empréstito de 400 millones de reales a favor del Estado, con ocasión de la primera guerra carlista, cuando las fuerzas del pretendiente estaban ya en las cercanías de Madrid. Cuando terminaba 1843 podría decirse que Salamanca era el único que tenía el capital y el sosiego suficiente para prestar atención a los problemas económicos, y marchó al extranjero a estudiar la construcción de los ferrocarriles. En 1844 solicitaba la concesión de la línea Madrid-Aranjuez. No pudo inaugurarse hasta febrero de 1851 al verse obligado a huir por los sucesos políticos e interrumpir los trabajos. Luego fue ampliando la línea, primero hasta Albacete y luego a Alicante. También un

ramal a Cartagena, Madrid-Zaragoza, y la de Zaragoza a Alsasua por Pamplona (16).

Pensando en los rendimientos decrecientes de nuevos tramos de ferrocarril, donde preveía kilómetros y kilómetros sin mercancías ni personas que transportar, extendió la construcción de ferrocarriles a Italia y Portugal, con las líneas de Roma a Nápoles y de Roma a Ancona y Civitta Vecchia, y de Lisboa a la frontera y Oporto. Así su reputación de financiero se extendió por todo el mundo, Rothschild y los principales bancos le abrieron créditos.

Pionero de la construcción de los ferrocarriles en España, promovió también las conducciones de agua, impulsó el gas, la electricidad, o el sector inmobiliario, donde en uno de sus peores negocios inició el proyecto de construcción del barrio de Salamanca, una de sus obras paradójicamente más conocidas. La crisis de 1866 le afectó también duramente, como a los Bárcabo con quienes coincidiría en las Cortes de Madrid durante su etapa política.



1851. Locomotora, coche y vagón del Ferrocarril de Aranjuez. (Dibujos de la época).

(16) Florentino Hernández Girbal, *José de Salamanca*, Ediciones Lira, Madrid, 1963.

Sin embargo sus creaciones perduraron, aunque la fortuna no le acompañara hasta el final siendo subastadas sus propiedades en el Palacio de Vista Alegre en Carabanchel, donde tenía sus colecciones de cuadros y valiosas obras de arte.

Con razón Alejandro Dumas dijo, tras trabar íntima amistad con él en París, que sentía no haberle conocido antes de escribir su *Conde de Montecristo* (17).

UN IMPULSOR DE INPUTS PRIMARIOS. EL DUQUE DEL INFANTADO.

Resulta digna de destacarse la figura de Joaquín de Arteaga y Echagüe, XVII duque del Infantado y marqués de Santillana, quien abriría el camino para romper la imagen tópica del aristócrata rural, al convertirse en un ciudadano de grandes iniciativas, principalmente en el campo de las obras hidráulicas, eléctricas y de ferrocarriles.

Nacido en 1870 y educado por los jesuitas, se licencia como abogado, y desde 1895 es diputado a Cortes como independiente católico por Zumaya. Para él «la misión de un potentado que viva en una sociedad culta y progresiva debe ser la de arriesgar su fortuna en negocios industriales» (18).

Fiel a este criterio, va a intentar aunar el propósito de asegurar el abastecimiento de agua y energía en Madrid, gracias a las explotaciones hidráulicas localizadas en el noroeste de la provincia. Para conseguirlo Arteaga recupera y materializa un conjunto de proyectos bien esbozados que se realizaron a lo largo de la última década del siglo XIX, pero que por falta de empuje empresarial y capitales suficientes no había sido acometida. Su empresa Hidráulica Santillana, establecida en Madrid, sería la primera en intentarlo.

De los varios proyectos existentes se interesó por uno que había sido realizado en 1892 por el ingeniero Felipe Mora. Consistía en construir un salto de



El hombre que llevó agua y luz a Madrid, Joaquín de Arteaga, XVII duque del Infantado (en la foto con el rey Alfonso XIII).

agua en Torreloz, que sirviera para abastecer de energía a Madrid, a la vez que fuera un canal para el suministro de aguas potables a diversas localidades de la provincia, como Las Rozas, Aravaca, Húmera, Carabanchel alto y Carabanchel bajo. El coste de las obras calculado por el propio Mora era de 12 millones de pesetas.

En 1897, Arteaga tiene muy clara la importancia que para el desarrollo económico del país tiene la energía hidráulica e inicia las gestiones para aunar y adquirir las varias concesiones otorgadas en el río Manzanares. A lo largo de aquel ejercicio el marqués de Santillana va adquiriendo otras concesiones otorgadas a particulares en los ríos Guadalix, Guadarrama, Lozoya y el mismo Manzanares. En el propio Congreso de los Diputados presenta un proyecto para el abastecimiento de agua a Madrid. En abril de 1900 el Ministerio de Fomento otorga la concesión de un caudal medio de tres metros cúbicos por segundo, que podrá conducirse hasta la capital y abastecerá las zonas

(17) Augusto Martínez Olmedilla, *Don José de Salamanca (semblanza anecdótica)*, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1929.

(18) Juan Pablo de Villanueva (Ed.), *Historia empresarial de España. Siglo XX*, Grupo Negocios, Madrid, 1999, p. 144.

que todavía no cubra el Canal de Isabel II, entre las que estaba el actual barrio de Salamanca. Todavía en los años cuarenta, los vecinos de los castizos barrios de Cuatro Caminos y Tetuán recibían en sus domicilios «aguas de Santillana», aunque llenaban sus recipientes en las fuentes públicas, como la del Lozoya, que apreciaban más por su calidad.

Otro proyecto económico de gran importancia en su época estuvo ligado al sector eléctrico. Consistió en poner en marcha, en 1902, la Central de Colmenar Viejo e iniciar así el transporte de fuerza eléctrica a Madrid. Por primera vez y desde ese momento, la capital del Reino tendría energía eléctrica producida por un salto hidráulico.

El proyecto progresa de tal forma que en 1905,

Joaquín de Arteaga decide que Hidráulica Sana se constituya en sociedad anónima. Para aportar cuatro de los cinco millones del capital social y progresivamente conseguiría movilizar nuevas capitales con la incorporación como accionistas otros miembros de la nobleza y personalidad de prestigio como Gonzalo de Figueroa, de la C. Romanones, Eugenio Esteban, marqués de Tolosa, el laguna, el banquero Guillermo Vogel, junto a Francisco Silvela y el diplomático Manuel González de Sotomayor.

A partir de 1910 inicia su actividad en el sector ferroviario, consiguiendo la aportación de nuevos recursos de la nobleza rural, como promotor del Ferrocarril de Soria a Castejón o de los Ferrocarriles Andaluces.